

VISITA A LOS ORÍGENES

POR RENATO PRADA OROPEZA

“El visitaba a sus padres cada primer viernes. Ambos eran casi centenarios. La madre, ventruda y con las extremidades demasiado largas, se movía por el cuarto (¿la cueva?) cargado de una acumulación irracional de objetos pertrechos, que sólo parecían cumplir con la función de interrumpir el paso, como una araña reina simia en sus dominios laberínticos; el padre, paralítico y mudo, permanecía, por supuesto, inalterable —el único signo de vida que se podía observar en todo su cuerpo era un parpadeo intermitente, desigual en sus pausas, que la madre sabía descifrar como si se tratara de un alfabeto preciso— encaramado en una silla con las patas largas y el respaldar de madera tallada (1).

El permanecía frente a su madre dos horas y quince minutos, ni un minuto más ni un minuto menos.

(1) Variante: “Visitaba a sus padres: dos viejos cuya edad le era imposible de definir, pues recordaba haberlos conocido tal como eran desde siempre. La madre, enorme y obesa, vivía sobre una especie de trono gótico; tenía una vara de mimbre en la mano derecha con la cual espantaba moscas invisibles y/o se dirigía a su esposo para manifestarle sus órdenes. Este era un viejo alto, nervudo y violento que sólo parecía tener miedo de la inmóvil energía de la hotentote; ambos nunca intercambiaban palabra alguna, y tampoco parecían tener necesidad de ello. Cuando, excepcionalmente, el viejo le preguntaba algo, la mujer respondía blandiendo la vara, diseñando complicados arabescos, que los ojos la-gañosos del viejo leían sin obstáculo”.

La madre no lo reconocía al principio. Lo confundía con el lechero (“¿Por qué diablos llegas tan tarde con la botella de leche para mi pobre esposo? ¿Es que no te avergüenza ser tan lerdo?! El no ha probado nada hasta ahora y está a punto de desfallecer para siempre!”) o con el

cofrador de la luz eléctrica (“Sería mejor que volviera, señor: este mes no nos alcanzó la pensión del viejo. Ud. sabe, tenemos que enviar la mensualidad a nuestro hijo que estudia astrología en el extranjero. Cuando él pueda adivinar el futuro, nos haremos ricos. Entonces le pagaremos el doble. ¿Quiéres regresar para entonces, buen hombre?”) o con el hijo del vecino (“¡Otra vez tengo que sacarte a palos! ¡No sé a quién tendré que quejarme! A tu padre es imposible porque nunca se lo encuentra sobre, bebe como un condenado... Y a tu madre, ¡esa de mala muerte!”), y sólo después de la explicación paciente de él comprendía que se trataba de su hijo. (Aunque, las más de las veces se resistía a ello. “¿Hijo?”, decía y preguntaba a su esposo si alguna vez habían tenido un hijo. Escuchaba la respuesta muda de éste. Replicaba con alguna frase violenta y obscena. Volvía a escuchar las palabras que el viejo no pronunciaba nunca. Sonreía avergonzada. “¡Ah!, tienes razón. ¡Cómo se me podía haber olvidado eso! Era sólo una broma que te hacía, viejo de mierda”, decía y aproximaba su mejilla arrugada al beso del hijo).

El se sentaba al frente. Abría el paquete de bombones y depositaba su contenido —uno por uno— en la boca ávida de la vieja. Esta masticaba los dulces con sus encías desdentadas dejando escapar una baba oscura y pegajosa por la comisura de sus labios, que él se aprestaba a secar con un lienzo llevado para este efecto. La vieja era tan golosa y engullía con tanta prisa los bombones que se atoraba varias veces durante las dos horas que duraba la faena. El se preguntaba maravillado cómo podía digerir tanto chocolate un organismo tan viejo y raquítico. Era un misterio de la naturaleza. (2).

Cuando los bombones se terminaban, la madre le miraba al rostro, apenada y/o sorprendida y/u ofendida. “¿Cuándo volverás?”, le decía. “Te extrañamos mucho porque nos aburrimos. No tenemos qué hacer todo el día, y los días se hacen cada vez más largos, y los sueños cada vez más cortos. Salimos a pasear y nos fatigamos. Jugamos al ajedrez y siempre uno gana y otro pierde, o empatamos; no hay más alternativa. Tienes que volver pronto con otra caja de bombones”.

“Vuelvo pronto, apenas me desocupe de un trabajo que tengo entre manos”. Besaba a su padre, a su madre, y, olvidando los ojos brumosos de los viejos, que parecían mirarlo desde una orilla lejana donde su voz ya no llegaba, salía al aire libre.

En la calle se sentía renovado y feliz por haber cumplido con el deber de hijo. En eso también era un hombre modelo a los ojos de los otros. (3).

(2) Variante: “Al verlo, el viejo bajaba a su esposa de su trono sosteniéndola en sus brazos y la acomodaba en un canapé. El se sentaba al lado de la madre. Abría la caja de bombones que había traído consigo. Sacaba un bombón; lo libraba de su envoltura de papel cobre; depositaba el cuadrado reluciente en la mano ansiosa del viejo, e introducía el

dulce en la boca de la vieja. El no podía saber cuál de los dos —si el el padre o la madre— gozaba más por el obsequio”.

(3) **Variante:** “Una vez que la caja quedaba vacía llegaba el momento difícil de decidir cuál de los dos se quedaría con ella. Ambos viejos clavaban los ojos en el trofeo vistoso, adornado de flores amarillas —siempre amarillas—; parecían dos perritos inquietos y adulones. El se paraba lentamente. Ponía la caja bajo su sobaco y salía, dejando a los viejos atónitos y desilusionados. Era mejor así.

En la calle respiraba el aire puro. Era un hombre justo, un buen hijo. Arrojaba la caja en el primer tacho de basura que encontraba. Silbaba feliz”.

(Fragmento de la novela inédita: “El buen samaritano”)

Lovaina, enero 1973

